

Variaciones sobre un tema de epistemología y psicoanálisis.

FEDERICO FRESNEDA

Introduciéndonos por la vía de lo ridículo

Comencemos con una situación bien mundana. Alguien está recostado en la cama, pensando, cuando de pronto siente unas ganas fortísimas de orinar. Se levanta y con toda celeridad se dirige al baño, en donde sacia la necesidad. Aliviada la presión, tira de la cadena para limpiar el agua del inodoro y luego, como medida higiénica básica, procede a lavarse las manos. Finalmente, se asegura de que todo haya quedado en condiciones y se retira.

Para la comprensión cabal de este episodio es indispensable contar con múltiples conocimientos provenientes de diversas disciplinas científicas. Veamos.

En primer lugar, ¿por qué tuvo que orinar? La excreción de la orina es una acción indispensable para el organismo. Mantiene su homeostasis al realizar funciones como la de eliminar sustancias tóxicas producidas por el propio organismo o ingeridas desde el exterior. Además, permite el control de la presión arterial, el control electrolítico y el control del equilibrio ácido-base.

El mecanismo biológico que produce la orina (Curtis *et al.*, 1968) es complejo. Se puede dividir en tres etapas: de filtración, de reabsorción y, por último, de excreción. Sin entrar en detalles, resumimos diciendo que dichas etapas involucran desde la producción de la orina en los riñones, el paso del líquido hasta el intestino delgado, la señal que la presión en la vejiga envía al sistema nervioso y la eliminación efectiva de la orina vía la excreción.

¿Es eso todo? ¡De ninguna manera! Orinar implica que, al salir expulsado, el chorro de líquido se dirija hacia abajo en dirección al interior del inodoro (aunque hemos descubierto que esto asemeja a un “Ideal platónico”). Para comprender por qué nuestra orina “cae”, es indispensable contar con cierto entendimiento de la fuerza de gravedad.

Para ello hay que familiarizarse con la teoría de gravitación, al menos en su versión newtoniana clásica.

Para Newton, la fuerza de atracción entre dos cuerpos es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que los separa. Esto equivale a decir que no hay un cuerpo que atraiga a otro, sino que los cuerpos se atraen. La razón por la cual observamos que uno “cae” sobre el otro es resultado de un juego de fuerzas, distancias y masas que se pueden expresar en una ecuación (Feynman, 1965).

Nuestra orina posee una cantidad de masa mucho menor que la masa del planeta Tierra y nuestra distancia con ésta última es también muy pequeña. Conclusión: la orina va para abajo. Ahora bien, si estuviéramos en una nave espacial orbitando la Tierra, la distancia sería lo suficientemente grande, y nuestro orín ya no caería en trayectoria vertical. Cosa que se puede ver, por ejemplo, en la película Apollo 13.

Aún necesitamos más, con lo dicho hasta ahora no alcanza en absoluto. ¿Cómo explicar desde la biología y la física que haya tenido que dirigirme a un lugar específico, apuntar a un sector del espacio también específico, poner en marcha un dispositivo mecánico de renovación de agua y tomar medidas higiénicas precautorias posteriores, para consumar el acto de orinar?

Obviamente, para responder tenemos que dirigir nuestra mirada a otras disciplinas. Tener que eliminar los propios desechos y hacerlo de determinadas maneras atañe a la vida cultural de los seres humanos. Involucra las formas simbólicas con las que se regula la vida en sociedad y los cambios que asumen esas formas a través de la historia y de las diferentes culturas.

Por lo tanto, la etnología, la antropología y los estudios culturales nos pueden brindar datos indispensables para la empresa. Uno de ellos, para mantenernos en el terreno de lo simple, podría ser que, en la diversidad registrada de sociedades humanas, la acción de excreción adoptó modalidades muy distintas a las imperantes en la nuestra. Haciéndonos conscientes, con ello, de lo determinantes que son las modas, la sociedad y la cultura en las acciones en apariencia más naturales.

Por otro lado, ¿cada cual hace pis solamente por pura necesidad y de acuerdo a las características de la cultura que le tocó? Seguramente el lector tiene a su disposición algún caso en que las ganas de hacer pis acudieron de repente, ante alguna ocasión en

donde las emociones se movilizaron. O de manera más general, quizás pueda concebir situaciones en donde las ganas de orinar quedaron asociadas a factores completamente extraños a los ojos de la biología. La mención del comienzo, que parecía ociosa, de que alguien pensaba cuando le acudieron “las ganas” nos sirve para ilustrar esto.

Imagínense que en ese preciso momento esa persona recordó un suceso traumático en donde, sin querer, se orinó encima. Y que cada vez que recuerda eso acontecido, sin saber muy bien el motivo, le agarran instantáneamente las mismas “ganas”. ¿Es ilógico suponer causas psicológicas para esa necesidad de orinar? Por supuesto que no. Y es por ello que la psicología reclama cierto grado de pertinencia a la hora de contemplar hechos de esta índole. Pertinencia fundada en la descalificación de la excreción del pis como acto irreductiblemente biológico.

Siguiendo con la reflexión, también es notable cuánta filosofía puede haber implícita en la mecánica de la plomería “humana”. No exageramos. No se puede abordar completamente el fenómeno sin darle las pinceladas filosóficas que el mismo reclama.

Si al sujeto de nuestro ejemplo le hubiese acudido a su mente, en vez del recuerdo traumático recién usado, una elevada reflexión sobre cómo convendría reformular la ontología sustancialista tradicional a la luz del comportamiento de los entes en la física cuántica,¹ y de repente viese interrumpida su cadena de razonamientos por esa estridente molestia en la zona baja, ¿no tendría derecho a refunfuñar sobre su condición de esclavo a las exigencias de su cuerpo?

En una palabra, podríamos reavivar cierto debate filosófico centrado en la definición del ser humano y retomar la difícil tarea de integrar, en la potencial definición, todos sus atributos contradictorios entre sí. Su anclaje en la animalidad, su trascendencia vía el raciocinio y el pensamiento que son propios sólo a su especie, las pasiones, etc. —elementos de una problemática que aún hoy sigue abierta y de la cual participan numerosas disciplinas además de la filosofía—.²

Si ya con lo dicho hasta aquí creemos haber alcanzado ciertos aires de exhaustividad, estaremos más que equivocados. Si quisiéramos apuntalar todas las

¹ Por supuesto, no es una idea original. Se la puede encontrar, entre otros lugares, en Heisenberg, 1959.

² Piénsese en la preponderancia cada vez más acentuada de las neurociencias en los debates sobre lo humano. Un texto revelador de esta postura es Damasio, 1994.

aristas de la situación descripta como punto de partida, no podríamos hacer otra cosa más que claudicar ante la inmensidad de detalles plausibles de ser analizados.

Además, los desarrollos que hemos hecho no pasan el estatus de somera introducción. Pues se limitaron a señalamientos muy generales y básicos sobre cada rama del conocimiento mencionada.

Lancemos de una buena vez los interrogantes que el lector quizás haya mantenido en su cabeza en todo este rato: ¿Qué clase de disparate es este?! ¿Es una forma nueva de hacerme perder el tiempo con pavadas sin sentido?!

Evidentemente, contra estas justas quejas no hay defensa alguna. Sólo el recurso de clamar por paciencia.

Desarrollos preliminares

En cualquier caso, lo que nos va a permitir avanzar es detenernos un momento para poder pesquisar dónde radica el carácter deliberadamente disparatado del “análisis” anterior.

Un punto a considerar es la expresión tramposa de “comprensión cabal” que se usó más arriba. La trampa habita en su inexorable ambigüedad. ¿Es un término como el de “comprensión” simple de definir, unívoco en su acepción? Sabemos que no. A pesar de su uso corriente, esta palabra contiene una polisemia que en este contexto resulta dificultosa. Y mucho más cuando se agrega el calificativo “cabal”. Ahí ya no entendemos nada, y con razón.

¿Qué podría querer decir comprender cabalmente un fenómeno, un hecho y/o una situación? Es claro que, sin mayores especificidades, puede querer decir un montón de cosas.

En este texto se interpretó la expresión falazmente como una consigna de abordaje completo de la situación relatada. Separando cada “elemento” de la situación (que describe una acción continua) y explicando uno por uno desde una teoría pertinente.

Pero, ¿es necesario que alguien sepa todo eso para orinar correctamente? Más aún, si suponemos a un espía anónimo observando lo que pasa en el baño, ¿tendría éste que estar cultivado en el conocimiento de los mecanismos de excreción del ser humano,

manejar la ecuación newtoniana de la gravitación, poseer estudios en antropología y etnología, y dominar aspectos de la psicología y la filosofía para poder reconocer la acción que se despliega ante su vista?

El formato ridículo con que fueron hechas estas preguntas sugiere por sí mismo las respuestas. Para hacer gran parte de lo que hacemos y para vivir gran parte de lo que vivimos no necesitamos conocimientos teórico/técnicos especializados. Nos alcanza con ciertos criterios de reconocimiento y códigos compartidos que permiten desempeñarnos adecuadamente en numerosas circunstancias y contextos. Un ejemplo de ello es hacer pis.

¿Por qué estamos usando tan elemental recurso expositivo? Para intentar poner en primer plano qué clase de malentendidos se obtienen cuando existe mezcla y confusión de categorías y niveles de análisis. Cuando la reflexión no es secundada por el rigor metodológico y cae todo en el mismo caldo de la indistinción.

Tratándose de algo tan “pedestre” y cotidiano como el orinar en el baño, resulta obvio lo ridículo del “pseudoabordaje científico” emprendido anteriormente. Pues la asimetría entre la sobreabundancia de aspectos teóricos que destacamos y el conocimiento coloquial requerido para el reconocimiento y la comprensión del fenómeno salta a la vista.

De seguro parece que las líneas escritas hasta aquí no tienen demasiado propósito. No es así, pues han de servirnos de introducción a la verdadera problemática que nos convoca. ¿Qué pasa cuando la naturaleza de una praxis tradicional no ha podido, a pesar de todos los esfuerzos emprendidos, ser bien definida? ¿Y si además esa práctica se nutre constantemente de importaciones de las más diversas ramas del saber científico sin poder arraigar pertenencia en ninguna, tenemos los ingredientes para un asunto de gran complejidad?

Estamos hablando, ¡por fin!, del psicoanálisis.³ Pero antes de abocarnos de lleno a él, haremos algunas reflexiones previas acerca de las características de la actividad científica. Considerando la vastedad y complejidad de ésta, dichas reflexiones no podrán ser más que parciales y sucintas.

³ En relación al psicoanálisis como praxis seguimos una indicación de Lacan: “¿Qué es una praxis? Me parece dudoso que este término pueda ser considerado impropio en lo que al psicoanálisis respecta. Es el término más amplio para designar una acción concertada por el hombre, sea cual fuere, que le da la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico”. (Lacan, 1964: 14).

En principio es fundamental distinguir entre un objeto y/o fenómeno de la realidad y un objeto de estudio científico. Para que el primero se convierta en el segundo es preciso llevar adelante una transformación.

Por ejemplo, pensemos en una mesa. Podemos sin más considerarla un útil, caracterizarla sencillamente con un “sirve para”, y no habría nada de malo ni especial en ello. Pero también podríamos querer realizar un análisis químico de su superficie o quizás tomarla como parte de una muestra para un estudio histórico-comparativo entre diferentes estilos de diseño de mesas en períodos de la historia. Es decir, se la puede abordar desde enfoques distintos irreductibles el uno al otro.

En los últimos dos casos, la mesa pasaría a tener status de objeto de estudio científico en el contexto de una investigación. ¿Pero cómo adquiere ese status? Por paradójico que suene, lo adquiere dejando de ser “mesa”. ¿Qué quiere decir esto? Que se descompone su “totalidad fenomenológica” y se destacan sólo sus características y atributos relevantes para los propósitos de la investigación. En otras palabras, se procede por reducción.

Esta reducción posibilita el establecimiento del objeto de estudio, que nunca está dado en sí mismo sino que es el resultado de una operatoria en la que intervienen conceptos, o sea, teorías. Sin su necesaria ayuda, ¿cómo saber que la superficie de la mesa es plausible de ser analizada químicamente, por ejemplo?

Lo descripto concierne al campo de la metodología. Corresponde a las instancias de planteamiento del objeto a investigar y de las mejores vías para hacerlo. Son los albores de una investigación, sus primerísimos pasos esquematizados en aras de la exposición. Luego faltará especificar unidades y niveles de análisis destinados a contextualizar los datos recopilados con el fin de que posean relevancia y significación. Sobre esto último no nos extenderemos, porque excede tanto nuestros objetivos como nuestras competencias, pero refiere a la estructura compleja del dato científico.⁴

En lo antedicho dimos lugar a una serie probable de objeciones. Al sostener la diferencia entre un objeto y/o fenómeno de la realidad y un objeto científico se nos podría interrogar de la siguiente manera: “¿existe una experiencia pura de las cosas de la realidad? ¿Las percepciones de la realidad no están íntimamente entrelazadas a las concepciones y categorías con las que contamos? ¿Éstas concepciones no son teóricas?”.

⁴ Para estas reflexiones metodológicas seguimos los desarrollos de: Samaja, 1993.

Por otro lado, al utilizar un ejemplo tan banal como el de la mesa, ¿no estamos concibiendo de modo muy estrecho a la actividad científica? ¿La experimentación y obtención de datos es el único modo válido de hacer ciencia? ¿Acaso no existen ciencias de carácter teórico solamente? A pesar de la amplitud de lo que evocan, responderemos estos cuestionamientos.

En primer lugar, sostener que hay fenómenos y objetos de la realidad no equivale a defender la existencia de experiencias antepredicativas. Si partimos de una perspectiva kantiana, resulta imposible concebir a la experiencia despojada del marco que le aportan las categorías del espacio y del tiempo. Es decir, la posibilidad misma de la experiencia depende de categorías. Motivo por el cual hablar de una experiencia en bruto resulta un contrasentido.⁵

Además, como aclaramos casi al comienzo, no todo conocimiento de una cosa tiene que ser necesariamente teórico/científico. Sin ir demasiado lejos, el sentido común es una forma de conocimiento, difícil de definir, que nos guía y orienta en múltiples aspectos de nuestras vidas. Es verdad que muchas veces confiar en el sentido común conduce a error, no lo negamos, pero no podemos prescindir de él.

Se nos viene a la mente otro tipo de conocimiento distinto al anterior, uno que requiere de un aprendizaje activo y de una transmisión efectiva, pero que tampoco se ampara en teorías. Estamos hablando de los criterios que nos permiten reconocer y participar de costumbres, juegos, rituales, etc. En todas estas actividades humanas, y en muchas otras, rigen códigos y reglas arbitrarios que sólo se adquieren por aprendizaje.

Estos párrafos contestan sucintamente la primera serie de objeciones. Pues establecen que no hay experiencia sin categorías, y que existen diversas formas del conocimiento además del teórico.

La segunda serie nos abrirá las puertas a complejidades un tanto intimidantes, cuya exposición deberemos tener presente para todo lo que resta del texto.

Obviamente, con el ejemplo trivial de la superficie de la mesa como objeto de un análisis químico, no pretendimos abarcar la totalidad de la actividad científica. Eso hubiese sido una desmesura injustificada. Se utilizó con el único fin de ilustrar la construcción de un objeto de investigación científica, que es un proceso no lineal

⁵ Remitimos a la parte sobre la estética trascendental de Kant, 1781.

compuesto de múltiples facetas y en el que se pone en juego una dialéctica, una ida y vuelta permanente entre los conceptos teóricos y sus campos de aplicación estándar.

Hasta ahora, hemos estado manejando términos como el de “ciencia”, “teoría” y “concepto” sin mayores aclaraciones. Resulta que cada uno de ellos tiene una gigantesca cantidad de definiciones que desalientan cualquier aspiración a la univocidad. Esta polisemia exigiría, para cualquier trabajo metódico, una puesta de manifiesto de las acepciones utilizadas, cosa que no haremos. En cambio, nos valdremos de dicha polisemia para intentar echar luz sobre cuestiones de suma importancia en este contexto.

Que la ciencia no se agota en su vertiente experimental es algo que hoy por hoy resulta obvio. Con solo estar al tanto de la división con la que se caracteriza habitualmente a los físicos como teóricos o experimentales, uno se percata acerca de la diversidad intrínseca que posee la actividad científica. La física es un caso paradigmático en este sentido. Su relación íntima y necesaria con la matemática –que le brinda las herramientas formales para la elaboración de los sistemas hipotético-deductivos que constituyen a las teorías–, pero también con la técnica y la experimentación –que permiten poner a prueba las consecuencias observacionales de las hipótesis– la convierten en un valioso ejemplo del cual sacar provecho.

A pesar de su conexión con la matemática, la física no es una mera aplicación de ella. De ningún modo. Se nutre de los sistemas axiomático-formales que obtiene de las más variadas ramas de la matemática para desarrollar y darle consistencia lógica a sus teorías.

Los sistemas axiomático-formales se caracterizan por carecer de significado concreto. Sin embargo, aportan algo esencial. Si los axiomas de los cuales se parte son correctos y se aplican correctamente las reglas de deducción y formación de enunciados, entonces existe la garantía de que el sistema está libre de contradicciones internas. Entonces, por simple extensión lógica, se puede concluir que si los principios básicos de una teoría física son isomórficos⁶ con los axiomas de un sistema formal, la aplicación del segundo a la primera le posibilitará avanzar con paso firme en la construcción de sus

⁶ La noción de isomorfismo es sumamente compleja y tiene larga data. En matemáticas un isomorfismo entre dos conjuntos ordenados es una función biyectiva. De manera más general, se aplica cuando dos estructuras poseen las mismas propiedades y los enunciados de una toman los mismos valores que los de la otra (cf. Pérez 2010).

hipótesis. En ese caso, sería preciso hablar de un sistema hipotético-deductivo, y los enunciados que se desprenden de éste sí tendrían significado⁷.

Si pensamos ahora en la vertiente experimental (y observacional), los dedicados a ella se encargan de extraer consecuencias observacionales de las teorías para ponerlas a prueba en dispositivos diseñados para tal fin. Si resulta que los datos experimentales concuerdan con las predicciones, entonces la teoría “sobrevive” y suma evidencia para ser considerada válida. No hay comprobación definitiva de una teoría, pero sí mayor o menor consenso acerca de su validez en función de las veces en que fue testeada con éxito.⁸

Por supuesto que las cosas no son tan lineales, esquemáticas y simples como parecen leyéndose los párrafos precedentes. El hacer ciencia es un proceso no exento de intuición, sorpresas, casualidades, imaginación y creatividad, en donde lo considerado definitivo suele ser reformulado y donde lo inexplicado suele exigir cambios drásticos en las teorías hasta entonces aceptadas.

Pero en todo esto existe un presupuesto que no suele explicitarse: el de la existencia objetiva de la realidad física. Entiéndase bien, no una preconcepción sobre cómo debe o tiene que ser la realidad, sino que, independientemente de cómo sea, ésta debe existir de forma separada de la teoría que la explica. En una palabra, la teoría no crea la realidad. Puede ser, y de hecho es así, que los desarrollos científicos derriben las ideas previas que se tenían sobre ella, incluso que puedan llegar a promover una versión de la misma completamente incomprensible e inasimilable desde el sentido común o las teorías clásicas,⁹ pero no dejan de tener como base firme la presuposición de su existencia efectiva.

Planteo del problema

⁷ Basamos estos desarrollos en Klimovsky, 2007.

⁸ Para un panorama de las corrientes epistemológicas anglosajonas y el tratamiento de la problemática de la corroboración empírica, sugerimos remitirse a Chalmers, 1976.

⁹ La física cuántica es el caso más representativo (cf. Rosenblum y Kuttner, 2006).

Ahora sí, luego de esta larga y tediosa introducción, nos adentramos en el tema hace tiempo anunciado: ¿qué sucede con el psicoanálisis? Y más concretamente, ¿qué ocurre con su relación con las ciencias?

Es claro que no podemos reclamar derecho de originalidad al incursionar por este camino. El estatuto epistemológico del psicoanálisis siempre ha suscitado muchas y acaloradas controversias. Y desde ya advertimos que no seremos capaces de zanjarlas todas, llevando el debate a su añorada conclusión.

Procuraremos avanzar metódicamente en nuestras reflexiones, guiándonos por un matiz particular del asunto en cuestión. ¿Qué matiz? El que hace referencia a la enorme cantidad de importaciones conceptuales que nuestra disciplina ha tomado de otras ramas del saber. Puesto que, ¿cuál es la naturaleza y el propósito de estas importaciones?

Esta pregunta es central. Desplegándola en sus detalles tácitos podremos cercar mejor la temática. Pero antes, una brevísima aclaración: sólo por comodidad expositiva hablamos de “el psicoanálisis”, dado que nunca ha habido consenso respecto de lo que le otorgaría unidad (Pal y Fresneda, 2017). Acentuadas diferencias de escuela se agitan en su seno.

Retomemos el hilo. Pueden darse muchas explicaciones contrarias entre sí acerca de por qué la teoría psicoanalítica se “nutre” con elementos foráneos provenientes de otras ciencias. Nos detendremos especialmente en una de ellas.

Esta explicación, que encontramos frecuentemente en textos analíticos, sería equivalente a las razones que dimos al comienzo para el disparatado “pseudoabordaje científico del hacer *pis*”. Veamos por qué.

Habíamos dicho con anterioridad que el vicio argumental de ese abordaje no se encontraba en las imprecisiones cometidas en la aplicación de las teorías seleccionadas, sino en la mezcla y confusión de niveles de análisis. Se tomaba de esta manera un fenómeno cotidiano como si fuera un objeto de investigación científica sin haberse realizado el proceso requerido para ello. Resultado: una erudición vagando desorientada.

Análogamente, ante situaciones habituales de la práctica analítica, se puede reclamar para su comprensión el concurso de innumerable cantidad de teorías y ciencias: lingüística, análisis del discurso, teoría de los actos de habla, lógicas clásicas y modernas, historia de la cultura y de la literatura, filosofía, neurología, diferentes ramas

de la matemática, físicas clásica y cuántica, y un etcétera siempre en expansión.¹⁰ Pero esta sobreabundancia, ¿no denotaría, más bien, un intento desesperado por ubicar al psicoanálisis bajo el manto protector de la tradición científica? Y además, ¿no sería una forma de suplir la falta de establecimiento y explicitación de sus fundamentos?

Lo que las dos últimas preguntas sugieren, en última instancia, es que la constitución de semejante programa de estudios, saturado con las disciplinas mencionadas más otras que omitimos, es una coartada eficiente para eludir la siguiente cuestión: ¿puede el psicoanálisis reclamar identidad propia o está condenado a ser un episodio de saberes cocinados en otro lugar?

Lo antedicho puede encontrar resonancias no demasiado gratas, pues remite a una búsqueda de purezas teóricas que, por lo general, no termina por encontrar más que meras arbitrariedades. No es el espíritu de lo que intentamos aquí.

Pero si se admite en psicoanálisis la maniobra de importación teórico-conceptual que nos ocupa, al menos debe plantearse la duda de si la misma se debe a la ausencia de rigor metodológico en la construcción de un objeto de investigación psicoanalítico o a la complejidad inherente a su materia.

Ya hemos dejado entrever de sobra que nuestra tesis se vuelca por la primera opción. Ahora digamos el porqué.

Para que una materia pueda reclamar el derecho a una identidad propia, debe ser capaz de limitar los influjos que recibe del exterior, de oponer resistencia a la forma.¹¹ Esto equivale a decir que no cualquier cosa tendrá la propiedad de poder entablar relación con ella. Para eso serán necesarias ciertas condiciones susceptibles de ser demostradas.

Si esto no se cumpliera, si la materia no pudiera aportar algún tipo de limitación y/o resistencia, se tornaría completamente maleable a las influencias del afuera. No le quedaría otra salida que la de jugar el rol de ser una espectadora pasiva. Entonces, ¿le seguiría correspondiendo el término “materia” para designarla?

¹⁰ Por supuesto, no todos los autores de referencia tienen las mismas opiniones en cuanto a las ciencias requeridas para la formación del psicoanalista (y éste suele ser un motivo fuerte de separación entre escuelas divergentes). Sin embargo, sí coinciden en la necesidad de tomar un conjunto de ellas y adoptarlo como canon a seguir.

¹¹ Tomamos esta idea del excelente libro de Ritvo, 2014.

Traduciendo los dos párrafos precedentes a nuestro problema concreto: si cualquier saber puede aparearse con el psicoanálisis sin atravesar resistencia alguna, ¿existiría una materia psicoanalítica?

Alguien, a esta altura, podría llamarnos la atención sobre lo que estamos planteando. ¿Olvidan ustedes que existen conceptos psicoanalíticos tales como el de Inconsciente, Pulsión, Transferencia, Repetición, Defensa, Deseo, Demanda, Goce, etc.? ¿Acaso estos vocablos no han quedado asociados al corpus teórico psicoanalítico, tomando de allí su acepción puntual y específica? ¿No fue Lacan quién dictó un seminario entero dedicado a los conceptos fundamentales?

Todos estos reclamos son preciosos, y a todos ellos les podemos aparejar ciertas consideraciones.

En principio, es indudablemente verdad que tales términos toman su relevancia dentro del psicoanálisis, y que la significación que adquieren en su interior es irreductible a las que poseen en sus usos coloquiales.

Con esto quizás nos veamos tentados a declamar la añorada individualidad del psicoanálisis. Si ya identificamos conceptos que le son propios, sólo nos restaría proclamar su unidad como teoría científica. Este razonamiento es cierto, pero rápidamente surge un problema. ¿Cuáles serían las acepciones bien circunscriptas y delimitadas de dichos conceptos? ¿Y cómo se compondrían las jerarquías del sistema conceptual? Alrededor de estas dos válidas preguntas se consolidan las redes de la confusión.

Cuando se revisa la bibliografía disponible,¹² no se encuentra consenso sobre cómo deben entenderse los denominados conceptos, ni siquiera en el contexto de la obra de un mismo autor. Y de esa manera proliferan las más diversas y contradictorias definiciones del Inconsciente o de la Pulsión, por poner estos dos ejemplos. Es tanta la disidencia que se encuentra, que empieza a reinar la impresión de que cada psicoanalista maneja los conceptos de un modo propio.

Si bien, como ya dijimos, no hay una sola manera de entender qué es un concepto,¹³ no existe ningún sentido tan laxo del mismo como para habilitar un total arbitrio en su

¹² Por supuesto que no toda, pues es inabordable, pero sí un conjunto amplio y representativo de textos.

¹³ Pérez (2013: 11) menciona que hay al menos siete sentidos distintos de la palabra "concepto" en el seno de la filosofía analítica.

definición y aplicación. Es decir, de un concepto se deberían derivar ciertas condiciones para su implementación.

Respecto a la relación sistemática y jerárquica entre ellos, los intentos que han habido para constituirlos nunca trascendieron el terreno de la pura convención declamatoria. O sea, nunca fue posible establecer una teoría a la manera de un sistema formal-axiomático.

Nuestra idea entonces, es que todas estas dificultades alientan a muchos psicoanalistas a explorar por otros campos disciplinares buscando un horizonte teórico que se les escapa.¹⁴ Y por paradójico que suene, esa maniobra supuestamente teórica no hace más que revelar la falta de una teoría propia.

Y a falta de ésta, surgen las dificultades inherentes para la construcción del objeto de estudio.¹⁵ Concretamente, el asunto es cómo pasar de la totalidad fenoménica que representa una situación analítica, a la constitución de un objeto de investigación psicoanalítico.¹⁶

Despejemos un eventual malentendido, ¿estamos sosteniendo que el estudio multidisciplinario en psicoanálisis es inútil? Para nada. No es ese nuestro pensamiento. De hecho, lo consideramos fundamental y necesario. Sólo advertimos sobre el problema de suponer que mediante ese estudio se encontrará la añorada identidad del psicoanálisis, su esencia.

¡Un momento! ¿No acabamos de contradecirnos plenamente? Hablamos de dificultades en el establecimiento de una teoría que aportase herramientas para pasar de una situación psicoanalítica a un objeto de estudio psicoanalítico. Pero, en ausencia de dichas herramientas teóricas, ¿cómo podemos calificar a una situación de “psicoanalítica”? ¿Eso no supone la operación previa de un saber teórico?

Recuérdese aquí lo dicho anteriormente. Al igual que en los casos de “ir a orinar”, tomar a la mesa como un útil, o saber desempeñarse en un contexto cultural,¹⁷ para

¹⁴ Esa exploración suele estar guiada por las preferencias de cada autor. Rastreando bajo qué marco general se moldea a la teoría es que podemos ver orientaciones “biologicistas”, “poéticas”, “formalistas”, etc., en el modo de entender los conceptos.

¹⁵ Téngase en cuenta lo desarrollado con el ejemplo de la mesa.

¹⁶ Quizás convendría usar el término más vago de “indagación” en vez del de “investigación”. En cualquier caso el problema es cuál (o cuáles) serían las unidades de análisis en psicoanálisis. ¿La estructura psicopatológica? ¿La personalidad? ¿El/los síntoma/s? ¿El aparato psíquico? Y como agregado, ¿bajo qué procedimiento metodológico poder constituirlos y observarlos? Problemas gruesos si los hay...

¹⁷ De hecho, saber que la mesa es un útil y saber cómo y dónde se tiene que orinar son casos de conocimiento cultural.

calificar una situación como analítica no es requerido un conocimiento teórico. Alcanza con dominar criterios de reconocimiento compartidos. Con lo cual, no hay contradicción. Pero limitarnos a señalar esto sin explicitar cuáles serían esos criterios de reconocimiento resultaría del todo insuficiente.

Explorando otra vía

Continuemos por esa senda apelando a una indicación freudiana:¹⁸ “Lo único que se exceptúa es la regla fundamental de la técnica psicoanalítica, que el paciente tiene que observar. Se lo familiariza con ella desde el principio. En un aspecto su relato tiene que diferenciarse de una conversación ordinaria.” (Freud, 1913: 135-36)

Si concordamos con Freud, entonces el elemento distintivo de la praxis analítica radica en la regla fundamental, cuyo cumplimiento daría lugar a un diálogo¹⁹ distinto respecto de una conversación ordinaria. ¿En qué consistiría la diferencia?

El mismo Freud da una respuesta luego del fragmento citado. Dice que si en una conversación coloquial uno se resguarda de seguir un hilo conductor en lo que dice, procurando mantener una coherencia semántica, en el análisis debe abandonarse a sus ocurrencias espontáneas sin preocupación alguna por mantener voluntariamente ningún tipo de unidad temática.

Es una definición de la asociación libre que podríamos denominar “clásica”. Lacan destaca dos elementos presupuestos en la misma: “la ley de no omisión y la de no sistematicidad” (Lacan, 1936). No abundaremos en las críticas que ha recibido esta versión del cumplimiento de la regla fundamental ni tampoco en destacar otras posibles.²⁰ Eso nos alejaría demasiado de nuestra vía. Sin embargo, es esencial a los fines de la argumentación remarcar lo antedicho. Una praxis sostenida bajo premisas particulares (como lo es la regla fundamental en el caso que nos compete) puede ser

¹⁸ La misma ha sido destacada en más de una oportunidad por el Dr. Luciano Lutereau.

¹⁹ “Diálogo” es un término de larga tradición en filosofía. En psicoanálisis no deja de causar discusiones. Pues siguiendo indicaciones de Lacan sobre la disparidad subjetiva de la transferencia (Lacan, 1960-61), muchos analistas consideran que su uso no es pertinente. Para este problema, cf. Lombardi, 2015.

²⁰ Pero sí remitimos al lector interesado al capítulo: La regla fundamental y el decir analizante, de Boxaca y Lutereau, 2013, en donde trabajan sobre la inconveniencia de esta definición.

concebida, reconocida y llevada a cabo mediante la implementación de esas premisas y sin involucrar un sistema conceptual operando como fundamento²¹.

Se nos viene a la mente una analogía con el juego de ajedrez.²² Llegar a la obtención de un nivel elevado en este juego requiere como primer paso el aprendizaje de las reglas, para luego pasar al estudio de los principios tácticos y estratégicos que imperan en él. A esto se le debe sumar la práctica concreta de competición, en donde el jugador se ve confrontado con la tarea de implementar los principios generales aprendidos a la situación singular de cada partida. Es decir, el aprendizaje y dominio de las aristas de este juego es algo muy complejo. Y si bien intervienen gran cantidad de principios a ser estudiados, eso no convierte automáticamente a los libros de ajedrez en sistemas conceptuales, ni al ajedrez en una ciencia.²³

De manera similar, para la práctica del psicoanálisis hay que familiarizarse con reglas y principios y saber reconocer su presencia en los casos singulares²⁴.

Volviendo a nuestros cauces: afirmamos que si se acepta la indicación freudiana que citamos arriba, entonces la peculiaridad de la praxis analítica radicaría simplemente en un modo particular de hablar. Y entonces, los criterios de reconocimiento que buscamos serían los indicadores²⁵ del cumplimiento de la asociación libre.²⁶

La pregunta obligada a esta altura es qué sucede entonces con los conceptos que ya mencionamos de Inconsciente, Pulsión, Transferencia, etc. ¿Qué estatuto tendrían si se aleja al psicoanálisis de sus aspiraciones a ser una ciencia? ¿Qué representarían?

Aquí notamos una omisión en nuestros desarrollos. Si consideramos que la regla fundamental inaugura un método de exploración de la psiquis humana vía su aplicación en el dispositivo observacional-experimental que constituiría una sesión analítica, entonces todos esos conceptos serían nombres de entidades pertenecientes a un

²¹ Salvo que se entienda por “sistema conceptual” algo tan amplio como “lo simbólico” mencionado por Lacan en su definición de praxis que hemos citado.

²² Tanto Freud como Lacan se han valido de analogías con este juego. Por supuesto, la recurrencia de su uso no le quita su cualidad de analogía.

²³ A Leibniz se le atribuye la frase: “El ajedrez es demasiado juego para ser una ciencia y demasiada ciencia para ser un juego”. Suponiendo que no sea apócrifa, nos permitimos disentir con Leibniz. Que un juego sea muy complejo no hace que deje de ser un juego. Por ejemplo, un pastelero tiene que ser sumamente preciso con la mezcla de los ingredientes y la temperatura y tiempo de horneado, eso no lo hace bioquímico en vez de pastelero.

²⁴ Usamos aquí el término “singular” de manera coloquial. La distinción entre particular y singular ocupa buena cantidad de espacio en la bibliografía psicoanalítica.

²⁵ La noción de “indicador” posee acepciones técnicas específicas en química, demografía y economía. Aquí la usamos en el sentido ordinario del diccionario, como un instrumento para mostrar algo.

fragmento de la realidad. Descripciones de cosas del mundo. Ya nos extendimos sobre los problemas que esta concepción acarrea.

Si por el contrario, tomamos a la regla fundamental como la inauguración de un nuevo modo de vincularse entre los seres humanos, como el fundamento de un inédito lazo social, entonces, más que nombrar una realidad preexistente, estos términos cumplirían la función de “interpretar” las consecuencias que surgen de esta novedad.

El inconsciente, por ejemplo, sería una noción destinada a explicar la discordancia entre lo que se quiere decir y lo que se dice, esa distancia que la regla fundamental promueve y erige como irreductible.

La transferencia, por su parte, podría ser el nombre de la comunicación analítica. De ese entre-dos inseparable “analizante-analista” que bloquea cualquier empeño por resguardarse en la individualidad de un decir propio. Simultáneamente facilitador y obstáculo de la progresión del diálogo.

Y así sucesivamente. Retomando la analogía con el ajedrez, los términos en su relación recíproca representarían los principios derivados de las reglas del juego.

Por esta vía, el psicoanálisis estaría más del lado del juego que del de la ciencia.

Conclusiones, parciales como casi siempre

Por supuesto que no se pretendió exhaustividad con las líneas precedentes. Un tema tan amplio sólo permite un acercamiento parcial. Aún así, como el lector de seguro ha notado, nos concedimos ciertas libertades a la hora de explorar la temática que nos convocó. Ojalá que ello no haya sido en desmedro de la calidad argumentativa.

La incorporación de otras teorías y ciencias al psicoanálisis siempre ha sido objeto de nuestra reflexión y curiosidad. Y lo seguirá siendo, puesto que no estimamos haber dicho ni siquiera una pequeña parte de todo lo que podría decirse.

Aquí nos limitamos a explicitar algunas tesis sobre las dificultades de la maniobra. Con la expectativa de que se empiecen a tomar en cuenta recaudos metodológicos indispensables a la hora de querer pensar científicamente la psicoanálisis.

²⁶ Este tema fue trabajado por el Lutereau, 2015

Por supuesto, no hemos sido neutros al respecto. Nuestra posición actual es muy escéptica sobre los intentos de aparejar al psicoanálisis con la ciencia. Como hemos dejado dicho, estos esfuerzos parecen cumplir el objetivo de encubrir problemas más que resolverlos. A pesar de ello, no negamos que quizás, a pesar de nuestras reservas, hacer del psicoanálisis una disciplina científica sea posible. Sólo que no hemos visto resultados efectivos en ese sentido todavía.

Por otra parte, no resistimos la tentación de al menos parcialmente, intentar abrir una vía distinta que remita al psicoanálisis como un modo particular de vincularse. Como un lazo social novedoso cuyas consecuencias debemos explorar. Esto, como afirmamos, no implica que su despliegue esté merced a las arbitrariedades y carezca de reglamentaciones. Las prácticas sociales tienen sus características, y sus códigos internos. Y el psicoanálisis no sería una excepción en ese aspecto.

Por supuesto que esto no es más que una primera aproximación y muy insuficiente. Si bien en el contexto de esta exposición nos sirvió para ilustrar cómo se puede concebir una práctica por fuera de los cánones de la ciencia.

No somos indiferentes tampoco al hecho de que no relacionamos ni una vez al psicoanálisis como un método terapéutico. Ello puede sonar raro y sumamente incongruente, pues, como todos saben, el psicoanálisis surgió como un modo particular de tratar un determinado tipo de sufrimiento de personas.

Esta deliberada omisión responde a una apuesta que esperamos saldar en el contexto de un posterior trabajo, la de concebir la praxis analítica como un vínculo que permite una nueva forma de hablar, y consecuentemente, una nueva forma de ser. Trascendiendo el campo de la terapéutica.

Apuesta ambiciosa y quizás, probablemente infructuosa. Será cuestión de continuar. De momento, nos conformamos con haber señalado algunos problemas habituales en la relación del psicoanálisis con las ciencias que conciernen a la epistemología.

Fecha de recepción: 13 de abril de 2017

Fecha de aprobación: 6 agosto de 2017

Bibliografía

- Boxaca, L. y Lutereau, L. (2013). *Introducción a la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Chalmers, A. (1976). *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* Buenos Aires: Editorial XXI, 1990.
- Curtis, H. et al. (1968). *Curtis. Biología*. Buenos Aires: Editorial Médico Panamericana, 2008.
- Damasio, A. (1994). *El error de Descartes*. España. Editorial Destino. 2011.
- Feynman, R. (1965). *El carácter de la ley física*. España: Tusquets, 2005.
- Fresneda, F. y Pal, T. (2016). “Recordar, Repetir, Retornar”. En *Imago Agenda*, 200.
- Freud, S. (1913). “Sobre la iniciación del tratamiento”, en *Obras completas*, vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- Heisenberg, W. (1959). *Física y Filosofía*. Buenos Aires: La Isla, 1959.
- Kant, I. (1781). *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Losada, 2006.
- Klimovsky, G. (2007). *Las ciencias formales y el método axiomático-formal*. Buenos Aires: AZ Editora.
- Lacan, J. (1936). “Más allá del principio de realidad”, en *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.
- Lacan, J. (1960-61). *El seminario: Libro 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Lacan, J. (1964). *El seminario: Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Lombardi, G. (2015). *La libertad en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lutereau, L. (2015). “El decir analizante”. En *Imago Agenda*, 189.
- Pérez, D. (2013). *Sentir, Desear, Creer. Una aproximación filosófica a los conceptos psicológicos*. Buenos Aires. Prometeo.
- Pérez, V. (2010). *Isomorfismo*. Recuperado de: <http://matematica.laguia2000.com/general/isomorfismo>
- Ritvo, J. (2014). *La retórica conjetural o el nacimiento del sujeto*. Rosario: Nube Negra.

- Rosenblum, B. Kuttner, F. (2006). *El enigma cuántico*. Barcelona: Tusquets, 2010
- Samaja, J. (1993). *Epistemología y metodología*. Buenos Aires: Eudeba.